

Desnivel



REVISTA DE MONTAÑA

Nº 267 OCTUBRE 2008

5,70€ (Spain/Portugal)

ROCA EN ARGENTINA

Fríquís en la pampa

CON MENOS DE 2,8 KG

Tiendas hiperligeras

HABLAMOS
SOBRE EL K2

Alberto Zerain

LA VÍA Y SU HISTORIA

La Ravier del Tozal

DEPORTIVA

Margalef

LARGOS PARA OTOÑO

Placas del Eco

www.desnivel.com



Historias del insomnio

Hay un antes en este relato de Paco Crestas Sánchez sobre un viaje de alpinismo que le llevó a Kirguizistán. No se dirigió a los famosos Lenin, Pobeda o Kan Tengri sino a otras montañas menos rodeadas de fama e infraestructura. Ya está allí, y la chicha comienza cambiando de valle después de un primer intento sin fruto.



Las dos de la madrugada Vitalik nos levanta de manera brusca. Un grupo de ganaderos ha venido a comprar una vaca a los nómadas kirguís y si queremos podemos descender en su camión, previa aceptación del precio convenido. El plan nos permitirá aprovechar mucho mejor el día siguiente y nos evita el largo camino, a pie o a caballo, por la pista. Aceptamos, pero la salida del saco, además de precipitada, es realmente molesta: estoy desnudo, apenas tengo ropa, no sé dónde he guardado la linterna frontal y la mayoría de enseres que recojo están completamente hecados. Al final, entre temblores, con la mochila a medio hacer y la mitad del material colgando, subimos a la parte trasera del camión que resulta ser un cajón destapado. Vitalik me ayuda a subir, momento en que observo que los que han ido a buscar la vaca están hasta el culo de vodka. Confío en que el conductor no haya bebido tanto.

Ingrid entra en la cabina. Yo, en el cajón, piso algo grande y caliente. Es la vaca. A su alrededor hay un charco viscoso y maloliente. Es la sangre que ha desprendido el pobre animal después de degollarlo. Los equipajes están encima de un colchón que evita que queden impregnados de rojo. La situación es esperpéntica y varios ingredientes la hacen irreal: el trajineo del camión, el frío de la noche, la soñolencia, los kirguís borrachos que me hablan como si yo fuese un conocido de toda la vida... Intento hacerles entender que no comprendo su idioma, y aunque lo entendiese no eran capaces de vocalizar. Vitalik, mareado por el fuerte olor a sangre, va vomitando.

El camión se detiene. Ingrid sale disparada de la cabina y se sube al cajón de un salto. El piloto, también completamente borracho, la ha empezado a manosear. Yo noto cómo el suelo continúa moviéndose a pesar de que el camión está parado. No comprendo nada. ¿Estaré sufriendo los efectos del alcohol al oler el putrefacto aliento de los ganaderos? Pido el frontal a la Ingrid y observo qué hay debajo de los equipajes sobre los que estoy sentado. Quito una mochila y un petate y descubro a un kirguís enroscado en posición fetal y que no puede ni abrir los ojos del estado en que se encuentra. Balbucea alguna protesta y yo intento disculparme a pesar de que no salgo de mi asombro.

El camión vuelve a ponerse en marcha, Ingrid se sienta a mi lado. Pronto se incorpora, grita y pide auxilio. El ganadero borracho que hablaba antes conmigo como si me conociese de toda la vida empieza a tocarla. Hasta el más borracho de todos, aquel que estaba bajo los fardos, extiende sus brazos en dirección a Ingrid cuando descubre que es una mujer. Vuelvo a ponerle un par de mochilas encima para evitar que se incorpore y le digo a Ingrid que se cobije entre mis brazos. El borracho parlanchín se nos echa encima pero esta vez es a mí a quien empieza a tocar las piernas en busca del lugar donde se localiza el sexo. "Ve subiéndome, ve..., que te vas a llevar una sorpresa". Vitalik continúa mareado y con náuseas.

El accidentado viaje parece no finalizar nunca. A la entrada del pueblo de Karakol los ganaderos se ponen violentos, desconozco por qué motivo, pero en poco más de un minuto paran, tiran nuestros equipajes, nos echan fuera del camión e intentan cobrarnos el doble de lo pactado inicialmente. Nosotros somos intransigentes en este punto pero la realidad es que nos encontramos aún en medio de una noche cerrada, muertos de frío y de sueño y con los bultos desperdigados en el margen de la carretera. Un rato más tarde Vitalik consigue que nos vengán a buscar en taxi. Horas más tarde, caminando por las tórridas calles de Biskek, nos reímos de la histórica pasada.

Elegante Bachichiki

EN Ala-Archa, segunda fase de nuestro viaje, el otoño es el amo y señor que decora el paisaje. Un duende había ido saltando de árbol en árbol, dando a cada cual un color diferente: amarillo, marrón, naranja, rojo... En esta zona hay un refugio que es libre y al que se accede después de una larga caminata de unas cinco horas. Aquí no hay arrieros y no se alquilan caballos. Los bultos deben subirse a pie. Nosotros llevamos cuerdas, material de escalada, el equipo técnico, sacos, ropa de recambio y comida para una semana. Las mochilas —en mi caso dos, una en la espalda y otra en el pecho— representan un peso de unos 35 kilos. La subida al refugio se eterniza, se convierte en una verdadera tortura.

Tras los cristales de la ventana, cuando las últimas luces del día se funden con la incipiente y creciente penumbra de la noche, observamos la elegante silueta del Bachichiki. Es una montaña muy elegante, de 4.516 metros de altitud, que muestra una goulotte de hielo enmarcada en medio de dos paredes rojizas, con una parte alta donde el te-

El borracho parlanchín se nos echa encima pero esta vez es a mí a quien

rreno se abre y se convierte en una campa triangular de nieve en forma de reloj de arena. Tiene una similitud con el mítico corredor del diamante del Monte Kenya, en África, y aunque Ingrid desconoce si ya ha estado escalado previamente, me confiesa que desde que lo vio por primera vez (ella ya había estado en Ala-Archa en mayo) se sintió fuertemente atraída por la escalada de la canal.

Mañana será otro día. Pongamos el despertador a las 8 y ya decidiremos qué hacer para escalar sus 450 m de desnivel.

Cuando iniciamos la marcha el sol está alto. Ya son las 9.30 h pasadas de la mañana. Llegamos a pie de vía dos horas y media más tarde. Desde la cabaña parecía que el acceso a la canal se tuviese que hacer por un contrafuerte rocoso. Ahora descubrimos que no es así, que tan sólo era un efecto óptico, puesto que el contrafuerte rocoso forma parte del espolón situado enfrente del canalón de acceso. Lo que sí que se muestra igual es el color del hielo: negro y repugnante. Grata sorpresa cuando comprobamos que, a pesar de su dureza, es mucho más manejable de lo previsto, puesto que se trata de hielo de fusión envejecido, pero que no puede considerarse fósil.

Es tarde, y a pesar de las secuelas del cansancio del día anterior, en ningún momento nos planteamos renunciar a la escalada. La goulotte es elegantísima, en una inclinación media de 60° sobre puro hielo. Más arriba un largo muestra mayor inclinación (70/75°). Busco indicios de otras ascensiones: un clavo, un cintajo... Resulta imposible pensar que esta goulotte no sea una ascensión clásica. Durante la escalada del largo clave el cielo se encapota y empieza a nevar. "Justo en el estrangulamiento del reloj de arena", pienso. Cuando Ingrid llega a la reunión también se muestra cansada. La nevada ha cesado para dar paso a la penumbra nocturna. Sacamos los frontales. Hay que continuar, estamos a media pared y pronto será noche cerrada. La parte alta de la escalada tan sólo presenta una fina capa de nieve inestable sobre el hielo frágil y cristalino. El terreno no cesa en su dificultad, debemos armarnos de paciencia y continuar escalando largos de cuerda con sus consiguientes relevos y seguros intermedios. Los gemelos empiezan a resentirse de tanta escalada sobre puntas de crampones.

El último largo (L13) se me antoja interminable. Después de 650 m escalados el cansancio de la subida de ayer ha dado su fruto y noto cómo el agotamiento hace mella. Al llegar a la arista monto reunión cavando una bañera en la nieve. Llega Ingrid y nos abrazamos eufóricamente. Son las dos de la madrugada. Ella no cabe en su júbilo, yo no puedo con mi cansancio. Bajamos por un inestable e interminable pedregal. Es curiosa esta montaña. Por una vertiente una larga canal de nieve entre paredes de roca y por el lado contrario un interminable canchal completamente desnudo de hielo. Abajo, y procedente de las montañas circundantes, una inmensa lengua glaciár donde se reflejan los destellos plateados de la luna. El paisaje es mágico e irreal, lástima que el agotamiento nos venza en cada pausa y seamos víctimas de breves estados de soñolencia mientras observamos el espléndido paisaje.

Norte del Boks; ¡toca viva!

EL descanso resulta doblemente reparador por el esfuerzo de la escalada y por el desgaste del día previo. Ingrid ya está contenta y yo me muestro también más tranquilo. Tengo la seguridad de no volver a casa con el zurrón vacío de escaladas. Tomamos dos días de descanso en los que realizamos una bonita escalada rocosa de poco más de cinco largos y que se inicia justo enfrente del edificio del refugio.



FOTOS: COL. PACO CRESTAS

Página izquierda, Ingrid y Paco en la cumbre del Bachikiki tras la escalada de su goulotte norte, y, sobre estas líneas, escalando uno de sus largos, sobre un hielo "negro y repugnante que, a pesar de su dureza, resultó más manejable de lo previsto".

La ascensión, sin pena ni gloria, discurre por un sistema de resaltes y fisuras de roca excelente y nos permite una privilegiada visión frontal de nuestro último objetivo: la pared norte del Boks. Se trata de una larga muralla helada que raya la pared por el centro de manera decidida, perdiendo anchura a medida que gana altura, hasta convertirse en un exiguo hilo blanco en las proximidades de una arista secundaria. Desde este punto parece que un sistema de viras y resaltes por terreno mixto conduce a una aparentemente cercana cresta, la cual pronto se funde con la inmensa cúpula azul de la cumbre, que sostiene un serac de considerables proporciones. El itinerario tiene todo el aspecto de gran pared norte: una colada blanca perdida en un caos de roca. Una muralla grande, altiva, que empequeñece al espectador infundiéndole un miedo humano, producto de la consciencia que toma el alpinista ante las inmensas proporciones del terreno a superar.

Esta vez el listón se eleva un poco más al invitar a Vitalik a formar parte de la escalada. Él se debate entre el miedo a lo desconocido (jamás ha escalado ni ha pretendido escalar algo tan difícil y largo) y las ganas de ponerse a prueba. Vitalik es un chico joven, fuerte y decidido. A pesar de los primeros resquicios de duda, la tendencia de

empieza a tocar las piernas "Ve subiendo, ve... que te vas a llevar una sorpresa" ...



COL. PACO CRESTAS

Ingrid en la vía sin nombre situada enfrente del refugio de Ala Archa; es el día de descanso.

la decisión a tomar es evidente. Tan evidente como la energía que desprende un joven de su edad: "OK, Pako, OK, Ingrid. Let's go...".

Visto desde fuera se puede reprochar que se convide a un joven inexperto a escalar un itinerario de estas características, más cuando su material personal (ropa, piolets y crampones) parecían sacados del museo de alpinistas de Chamonix, al estilo Bonatti de los años 60. Pero Ingrid me infundía mucha confianza y sabía que ante cualquier percance siempre se puede contar con ella. Por otro lado, yo me siento en una forma física y psíquica excelente. Estas vibraciones te infunden un gran valor y soy consciente de ello.

Ya desde las primeras palas nevadas nos calzamos los crampones y empezamos a realizar largos de cuerda. Las características del terreno son similares a las de la parte final del reloj de arena del Bachichiki: hielo quebradizo y sucio bajo una capa inestable de poco más de dos dedos de grueso de nieve polvo. La parte central de la pared de hielo muestra un bonito tramo mixto de 75° sobre pechinas de nieve y hielo adheridas a la roca (M4). Durante unos veinte metros avanzo con la serenidad suficiente como para no pensar en que el terreno no deja de ser precario y las posibilidades de asegurarse son nulas. Poco antes de emprender el resalte puse un doble seguro como precaución al saber que los metros siguientes serían expuestos y difíciles. El consciente anula los resquicios de temor y me deleito con los placeres de la calma impuesta. El subconsciente, desde su silencio obligado, intenta recordar que una caída tendría graves consecuencias y que estamos en un lugar del mundo donde nadie nos echaría a faltar en unos cuantos días.

La salida de la canal, en su derivación a la arista intermedia, presenta un terreno mixto de nieve muy mala y roca frágil. Aparentemente parece un largo fácil, de transición. Ingrid se molesta cuando no le permito tomar la delantera. Una vez en la plataforma de la reunión agradece, muy a su pesar, haberme hecho caso. Al finalizar la goulotte ya llevamos 13 largos de cuerda. La cumbre parece cercana, pero otra realidad se hace evidente: las cumbres que limitan el horizonte ya tienen tonalidades amarillentas que pronto darán paso a naranjas más suaves para fundirse en la tibieza de un rosado mortecino. La noche nos alcanzará de lleno en la parte alta de la pared. Intento escalar el siguiente largo con el frontal. El terreno es mixto descompuesto y muy precario y a duras penas encuentro un lugar sólido para emplazar algún pitón. La mejor opción es volver a la repisa desde donde mis compañeros observan mi danzar y hacerles partícipes de la realidad que ya deben de ver de manera evidente: toca vivac a pelo, a 4.000 metros, en medio de las montañas de Asia Central, a principios de otoño y, por supuesto, sin sacos. Cenamos lo poco que nos queda. Dejamos para el día siguiente dos barritas a compartir entre los tres comensales. Una será el desayuno y otra, si todo va bien, la celebración.

Relatos de montaña

La noche se hace larga y penosa. La temperatura baja unos cuantos grados bajo cero, el frío nos muerde con fuerza hiriente. Movimientos, temblores, quejas. Nos amontonamos los tres intentando que la proximidad evite la marcha de calor. Cuando se hace de día no nos movemos hasta que nos da el sol. El alba es interminable. Ayer se hizo de noche a una velocidad vertiginosa y ahora parece que el sol no quiera salir nunca y que las tonalidades del cielo sean inmutables. En momentos como éste, con el frío que se te ha colado en las entrañas, uno se imagina la velocidad de la rotación de la tierra. Me siento como un pájaro volando sobre la superficie del planeta inmóvil, en busca de un horizonte donde brille el astro rey, a una velocidad constante de 22 metros por segundo.

¡Y la cumbre!

CUANDO el primer rayo ilumina la parte alta de la cúpula de Boks los tres gritamos al unísono. "¡Sun, sunnnn!" Queremos notar su calor, su presencia. No nos incorporamos hasta que ha desentumecido nuestros encorvados cuerpos. "Por fin. Salgamos de aquí. Creo que debe de faltar poco para llegar a la cumbre". Craso error. Poco más tarde tomamos consciencia de que aún faltan varios largos. En realidad la repisa resulta ser el ecuador de los 1.200 m de recorrido. El relevo 13 de los 26 de la pared. A partir del emplazamiento en el que hemos pasado la noche, el terreno es casi completamente rocoso, con algún tramo de nieve inestable sobre un terreno pedregoso aún más precario. Más arriba la vertiente gana verticalidad, con lo cual la roca es de mejor calidad y el terreno más difícil pero a la vez más seguro.

Cerca del final de la pared, con la tarde ya avanzada y a punto de superar un tramo de quinto grado, una repentina nevada hace acto de presencia. Por suerte desaparece tan pronto como las presas empezaban a tapizarse del elemento blanco. Al llegar a la cresta somital grito de alegría. Es el segundo día de escalada pero ahora, por fin, ya sé que saldremos por la cumbre. Ingrid y Vitalik también muestran su alegría un tanto diluida por el cansancio patente y por el hecho de que ante nosotros aún se adivina un tramo de cresta que da paso a la cúpula de la cumbre. A pesar de su moderada dificultad, aconseja tomar precauciones a la hora de escalarla. Llegamos a la cumbre con las últimas luces del día. Contentos y cansados. Infinitamente contentos y enormemente cansados. El descenso, por suerte, es fácil, aunque tortuoso. Se trata de una interminable canal de piedras inestables y de considerable inclinación que no hace concesiones hasta no llegar al glaciar situado a más de 900 metros de desnivel por debajo de la cumbre.

Al igual que en la anterior ascensión, la vertiente alpina y glaciar da paso a unos interminables y feos canchales desnudos y yermos. Llegamos al refugio 48 horas más tarde de la partida. Hoy Vitalik apenas tiene fuerzas para meterse dentro del saco. Ingrid, radiantemente contenta, sabe transformar el triunfo en energía y es ella la que buenamente hace de anfitriona y cuida de lo que queda de nosotros.

Paco "Crestas" SÁNCHEZ

Envíanos tu piada a relatos@desnivel.es. Hasta 2.300 palabras con toda la pasión de lo que hubo y lo que se ocultó en tu actividad; alguna foto, un croquis artístico... Da igual donde y lo difícil que fuera, o por qué y cómo fuiste a parar allí, aunque querremos saberlo todo. Las elegidas recibirán un vale regalo de 200 euros en lo que quieras de Desenivel.